

El velo alzar podemos?
 ¿No es para los mortales
 Siempre el vivir incierto?

Quiero bailar beodo,
 Perfumarme deseo,
 Y jugar con las bellas,
 Abrazos repartiendo.

Quien á negros pesares
 Diere abrigo en su pecho,
 Tortúrese en buen hora
 Con sus amargos dejos.

Nosotros sendas copas
 Alegres apuremos,
 Y en himnos jubilosos
 A Baco celebremos.

XLII.

DE SÍ MISMO.

Ποθέω μὲν Διονόσου.

Del bullicioso Baco
 Las danzas apetezco,
 Y el cantar en banquetes
 De gallardos mancebos.

Pero, de azul jacinto
 Coronado el cabello,
 Cantar con las doncellas
 Es lo que más deseo.

No sabe qué es envidia
 Mi corazón ingenuo,
 Y de malignas lenguas
 Evita el dardo artero.

Las báquicas contiendas
 Que turban los serenos
 Banquetes amistosos,
 Cordialmente detesto.

Con doncellitas tiernas
 Quiero bailar en ellos.
 Vivamos, pues, tranquilos,
 Y tranquilos gocemos.

XLIII.

A LA CIGARRA.

Μαχαρίζομέν σε, τέτιξ.

Cigarra, eres dichosa,
Que en la copa de un árbol,
De rocío abrevada,
Como un rey, das tus cantos.

Es tuyo cuanto miras
En las selvas y campos;
Tú del colono amiga,
Que á ninguno haces daño.

Tú cara á los mortales,
Tú del estío heraldo;
Tú amada de las Musas
Y de Apolo su hermano.

El te dió voz sonora,
Y la afición al canto.

Tú de la vejez triste
No sientes los estragos.

Tú eres docta, terrígena,
Insensible á los daños,
Y sin carne y sin sangre,
Casi á un dios igualando.

XLIV.

DE UN SUEÑO.

Εδόκουν ὄναρ τροχίζειν.

Creía huir en sueños
Con alas en la espalda
De un Amor, que de plomo
Tenía las sandalias.

Él veloz me seguía,
Y al fin me sujetaba.
¿Tal ensueño, decidme,
Sabéis qué me presagia?

Que de otros mil amores
Pudo soltarse mi alma,
Pero éste, á lo que pienso,
Para siempre la ata.

XLV.

LAS FLECHAS DEL AMOR.

Ὁ ἀνὴρ ὁ τοῦ Κυθήρης.

El marido de Cipris,
En las fraguas de Lemnos,
Las flechas de Cupido
Fabricaba de acero.
En dulce miel bañaba
Las duras puntas Venus,
Y Amor les añadía
Sus amargos venenos.
Vuelto ya del combate,
Marte, un lanzón blandiendo,
Aquellos leves dardos
Miraba con desprecio.

Y Amor: «Este es pesado,—
Dice,—cógelo y pruébalo.»
Recibe el dardo Marte,
Y se sonríe Venus.
Y al punto, suspirando,
Exclama el dios guerrero:
«Es muy pesado! Tómalo.»
Pero Amor dice: «Tenlo.»

XLVI.

DEL AMAR.

Χαλεπὸν τὸ μὴ φιλεῖσθαι.

Terrible cosa es no amar,
Y amar es terrible cosa,
Y más terrible que todo
Amar sin que correspondan.

Ciencia, linaje, virtudes,
Están en amor de sobra,
Que solamente la plata
En el amor triunfa ahora.

¡Maldito sea el primero
Que amó tan villana cosa!
Ella hermanos enemista;
Ella los padres nos roba;
Ella produce homicidios,
Ella guerras desastrosas;
Y, lo que es peor, los amantes
Morimos por ella sola.

XLVII.

Á UN VIEJO.

Φιλῶ γέροντα τερπνόν.

Amo al viejo alegre,
Y al joven que baila;
Pues cuando al anciano
Le gustan las danzas,
Tendrá blanco el pelo,
Mas joven el alma.

XLVIII.

BEBER Y CANTAR.

Δότε μοι λύρην Ὅμηρου.

Dame la lira de Homero,
Mas sin las cuerdas sangrientas,
Traeme los vasos legales
Para que con regla beba.
Así saltaré beodo,
Y, sin perder la prudencia,
Cantaré al son de la lira
Las báquicas cantilenas.
Dame la lira de Homero,
Mas sin las cuerdas sangrientas.

XLIX.

Ἄγε, ζωγράφων ἄριστε.

Ea, pintor excelente,
Escucha la Musa lírica;
Escucha el sonido alegre
De las flautas Berecintias,
Primero pinta ciudades
Llenas de luz y alegría,
Y, si en la cera se puede,
Las leyes del amor pinta.

L.

DE BACO.

Ὁ τὸν ἐν πόνοις ἀτειρή.

El Dios que presta al mozo
Aliento en las fatigas,
Audacia en los amores,
En danzas gallardía,
Desciende ya, trayendo
La sin igual bebida,
El hijo de la vides,
La fuente de alegría.

Oculto entre las hojas
Lo deja de la viña,
Para que quede sano
Quien haga la vendimia;
Sano el cuerpo robusto,
Sana el alma sencilla,
Hasta que al nuevo otoño,
Vuelva á empezar la esquilma.

LI.

DE UN DISCO QUE REPRESENTABA Á VENUS.

Ἀρα τίς τόρευτε πόντον.

¿Quién ha grabado el Ponto?

¿Qué artífice atrevido

Las olas de los mares

Grabó sobre ese disco?

¿Quién, alzando su mente

Hasta el excelso Olimpo,

Grabó en el mar á Venus,

De los dioses principio?

El la mostró desnuda;

Pero dejó escondido

Debajo de las ondas

Lo que mirar no es lícito.

Como el musgo süave

Flota en lago tranquilo,

Ella nadando arrolla

El ímpetu marino.

De las mayores olas

Los espumosos rizos,

Sin llegar á su cuello,

Besan su pecho níveo.

Y boga descuidada
Sobre el sulco tranquilo,
Como entre humildes violas
Blanco y lozano lirio.

Delfines juguetones
Llevan, dando mil brincos,
En la bruñida plata
A Deseo y Cupido.

A Cupido y Deseo,
Sonriendo malignos,
E inspirando á los hombres
Engaños y artificios.

Y el coro de los peces
Junto al cuerpo hermosísimo
De la risueña Diosa
Nada, trazando círculos.

LII.

DEL VINO.

Τὸν μελανόχρωτα βότρυον.

Los negros racimos
 Transportan en cestas
 Los mozos al hombro,
 Con lindas doncellas.
 Y allá en los lagares
 Airosos los vuelcan,
 Y pisan las uvas,
 Y al vino dan suelta.
 Vendimiales himnos
 A Baco celebran,
 Al ver en las cubas
 Hirviendo su néctar.
 Si lo bebe el viejo,
 Temblonas las piernas,
 Baila, sacudiendo
 La blanca cabeza.
 Si con él el mozo
 Fogoso se alegra,
 A la hermosa virgen,
 Que le inflama, acecha;

Y cuando en la umbría
 Rendida se acuesta,
 Y oculta entre ramas
 Al sueño se entrega,
 Súbito de amores
 Audaz la requiebra,
 Y quiere á sus bodas
 Traidora volverla.
 Si ruegos no bastan,
 Sus bríos emplea;
 Que así entre beodos
 Libre Baco juega.

LIII.

DE LA ROSA.

Στεφανηφόρου μετ' ἥρος.

Con la estación alegre
De flores coronada,
Cantemos, dulce, amiga,
Las rosas delicadas.
La rosa de los labios
Divinos es el ámbar;
La rosa es regocijo
De las humanas almas.
La rosa es el adorno
De las risueñas Gracias,
Que en la estación de amores
Con ella se engalanan.
De Cipris es recreo,
Asunto de mil fábulas,
Y del Castalio coro
La predilecta planta.
¡Qué gusto da arriesgarse
Por cogerla entre zarzas!
¡Qué gusto entre las manos
Saborear su fragancia!

En mesas y en orgías
La rosa es necesaria
Cual la luz; que no hay gusto
Donde las rosas faltan.

Los brazos de las Ninfas
Y los dedos del Alba
Son de rosa, y á Venus
Rósea los vates llaman.

La rosa cura enfermos,
Sepulcros embalsama,
Vence al tiempo, que siempre
Su olor juvenil guarda.

Digamos ya su origen.
Cuando la mar salada
De su bullente espuma
Parió á la hermosa Pafia;
Cuando de su cerebro,
De punta en blanco armada,
Jove parió á Minerva,
Que al vasto Olimpo espanta,

Brotó el rosal primero
Cibeles emulada,
Cuajando de pimpollos
Las ramas delicadas.

Los inmortales dioses
Aplauden y lo bañan
Con el bermejo néctar
Porque las rosas nazcan.

Y entonces entre espinas
Se desplegó gallarda
Del adorable Baco
La flor más apreciada.

LIV.

DE SÍ MISMO.

Οτ' ἐγὼ σε νέοις ομιλοῦντ'.

Quando veo un corro
De alegres mancebos,
Como uno de tantos
A los bailes vuelo.

Espera, Cibeles;
Trae flores, que quiero
Ceñirme con ellas
El blanco cabello.

La vejez nevada
Vaya lejos, lejos.
Cual joven, con jóvenes
Bailar apetezco.

Pero venga el néctar
Del dulce Lieo,
Y verán ahora
Los bríos de un viejo.

¡Verán qué elocuencia!
¡Verán qué bien bebo!
¡Verán qué graciosa
Beodez yo tengo!

LV.

DE LOS AMANTES.

Ἐν ἰσχυρίοις μὲν ἵπποι.

Las ancas de los potros
Con fuego se señalan,
Los Partos se distinguen
También por la tiara.

Y yo conozco al punto
Los que de veras aman,
Por cierta señalita
Que tienen en el alma.

LVI.

DE SÍ MISMO.

Πολιοὶ μὲν ἡμῖν ἤδη.

Canas están mi sienes,
 Mi cabeza está cana,
 Amarillos mis dientes
 Y mi frente arrugada.
 ¡Ya de los verdes años
 Me abandonó la gracia!
 ¡Ya el dulcísimo tiempo
 De vivir se me acaba!
 Del Tártaro medrosa,
 ¡Cuánto gime mi alma!
 ¡Cuánto de aquella cárcel
 La lobreguez le espanta!
 La senda que á ella lleva
 Es trabajosa y áspera.
 ¡Ay! y á subir no vuelve
 El que una vez la baja.

LVII.

DEL BEBER CON TEMPLANZA.

Ἄγε δε φεβ' ἡμῖν, ὦ παῖ.

Ea, las copas
 Tráenos, muchacho.
 Quiero la mía
 Beber de un trago.
 Mezcla prudente
 Con diez ciatos
 De agua, otros cinco
 De vino rancio.
 Y así podremos,
 Sin injuriarnos,
 Beber á gusto
 Y honrar á Baco.

.....
 Venid, amigos,
 Y no bebamos,
 Cual los Escitas,
 Alborotando,
 Sino entre dulces
 Cantares báquicos.

LVIII.

Á CUPIDO.

Τὸν ἑρῶτα γὰρ τὸν ἀβρόν.

Al tierno Cupido
Celebro, cantando
Que tiene de flores
Muchísimos ramos,
Y reina en los pechos
Divinos y humanos.

LIX.

Á DIANA.

Γουνοῦμαί σ', ἐλαφηβόλε.

Tú, que das caza á los veloces ciervos,
Hija de Jove, de cabello blondo,
Diana, señora de alimañas fieras,
Oye mi ruego:
Ven á las fauces del revuelto Lete,
Mira propicia la ciudad do moran
Hombres valientes, pues que no gobiernas
Salvajes rudos.

LX.

Á UNA YEGUA.

Πῶλε Θρηάκη, τί δὴ με.

¿Por qué, yegüita Tracia,
Me miras de soslayo,
Y huyes y te imaginas
Quizás que no cabalgo?
Pues guarda no te enfrene
Y te haga, rienda en mano,
En rededor del circo
Trazar mil giros rápidos.
Ahora brincas y paces
Retozona en los prados,
A falta de un jinete
Que te refrene sabio.

LXI.

Ἄτε νεβρόν νεοθηλέα.

Así como se aterra
El tierno cabritillo
Cuando le deja solo
Su madre en bosque umbrío.

LXII.

Ἄπο μοι θανεῖν γένοισι.

¡Ay, tengo que morir!
No hay otra suerte
De escapar de los males
Sino la muerte.

LXIII.

Φέρ' ὕδωρ, φέρ' οἶνον.

Frescas guirnaldas de flores,
Dulce vino y agua fresca
Trae, muchacho, que no quiero
Trabar con Amor contiendas.

LXIV.

Ἐπι δ' ἄφροσιν σελένων.

Ciñamos con las flores
Del apio nuestra frente,
Y en honra de Lico
Tengamos fiesta alegre.

LXV.

A UN MUCHACHO.

Ω παῖ παρθένιον βλέπων.

Oh muchacho, que miras
Virginalmente,
Yo te busco y te sigo,
Tú no me entiendes.
¡Ay, si supieras
Que de mi amante pecho
Tienes las riendas!

LXVI.

Εμὲ γὰρ λόγων.

Por mi habla, muchachos,
Me debéis amar;
Si canto con gracia,
Con gracia sé hablar.